

La interrogación que hoy nos convoca, hacia dónde van las asambleas, me sugiere primero una respuesta desde la esperanza y el deseo antes que desde la reflexión. Nadie sabe hacia dónde van las asambleas, pero los que participamos de ellas deseamos y esperamos que devengan en algo que supere lo que ya son. Sabemos qué son; organizaciones sociales de base, con mayor o menor implante local, y múltiples vocaciones de intervención en la vida colectiva, incluyendo la vida política. Sabemos que surgen de un impulso gregario y solidario que el neoliberalismo buscó arrasar, y arrasó en parte, que contienen un instinto de ruptura y de búsqueda que no se inscribe en una sola tradición y que resiste cualquier definición simplista. Allí reside su fuerza y su originalidad.

Hay una búsqueda radical e innovadora en el impulso que lleva a estos nuevos actores sociales a la ocupación del espacio público, a la reapropiación de calles y plazas que habían sido paulatinamente abandonadas por el dominio de la lógica individualista que asignaba supremo valor a la privacidad y la seguridad. Pese a estar viviendo en las peores condiciones de inseguridad conocidas, cede el imperio de la moda “delivery” de consumo a domicilio, y vuelve a haber discusiones en los bares. La lógica “privatista”, que no se conformó con los servicios esenciales sino que intentó avanzar hacia todas las esferas de la existencia social, cae ya el 19 de diciembre cuando los ciudadanos toman la calle en un inédito acto de desafío al estado de sitio. Esa nueva radicalidad es la partera de las asambleas, y subyace en el apelativo convocante de “vecinos”, que resiste el uso de denominaciones ligadas al pasado -y a su sistema de pertenencias políticas- y se refugia en una sustentación territorial. La consigna convocante: “que se vayan todos” revela con idéntica intensidad una ruptura con formas preexistentes de lo político, y evoca las perspectivas del mayo francés y su “pidamos lo imposible”. Estas paradojas se levantan contra las racionalizaciones neopositivistas, estas indeterminaciones que contraatacan tanto determinismo estéril, nacen de una rebeldía que busca ser vivida sin molde previo. El “que se vayan todos” no deja interlocutor instituido en pie. “No somos nada, queremos serlo todo”, dice la bandera de una de las asambleas. Este “serlo todo” propone una nueva utopía, un lugar que todavía no está.

Pero nada sale de la nada, por lo que me parece necesario revisar ahora algunos elementos del entramado histórico del que el movimiento asambleario es heredero inconsciente. Lo sepan o no, las asambleas recogen en su primer impulso de rebeldía las experiencias pasadas,

reformulando y resignificando las formas de participación popular. A veces van hasta más allá de lo conocido: no sólo se refuta desde las asambleas la forma de representación política, sino que se niega la idea misma de delegación. Esta radicalidad es, sin embargo, frágil. Soporta la tentación siempre presente de rendirse ante la lógica del poder, que necesita etiquetar, dar forma y dirección. Refiriéndose a la contradicción que viven estos procesos nuevos, dice Horacio González: “Cada irrupción hace un corte transversal, donde se plantean responsabilidades nuevas y un abandono del pasado. Un momento inaugural se declara sin obligaciones con lo anterior, lo que es quizá indispensable como protoforma de la innovación. ¿Pero esa protoforma queda eximida de revisar las proformas anteriores? No sería bueno que eso ocurriera. El problema es cómo plantearlo sin proponer a cada paso que se recuerde que hay una historia anterior, porque esto en general lo hacen las personas llamadas a esgrimir su conocimiento previo como único válido. Hay ahí un punto sutil en el cual tienen que anudarse las necesidades de lo nuevo y una cierta memoria anterior”.

Consciente de esta ambigüedad, quisiera sin embargo compartir una reflexión desde este ahora sobre las luchas revolucionarias de los años sesenta y setenta. Más allá de los orígenes políticos, matices ideológicos y de metodología, la concepción predominante de las organizaciones populares de ese entonces descansaba en la centralización de la toma de decisiones a través de un partido o una vanguardia, condición forzosa para destruir el centro dominante del Estado y sustituirlo por otro Estado, con otros principios éticos, políticos y económicos. La idea de la hegemonía de un centro aglutinante que actuaba como imán y control de lo múltiple y fragmentado, estaba determinada por el concepto y contexto del Estadonación desde el que se pensaba la política y se actuaba. Esta concepción jerárquica era ordenadora de las fuerzas que se organizaban con la finalidad de suplantar un poder oligárquico o burgués -de acuerdo a las distintas corrientes- por un poder popular, con lo que se reproducían en el seno de las organizaciones las relaciones autoritarias propias del poder, justamente porque se trataba de la toma de un poder y su sustitución por otro. La participación popular aparecía mediatizada y dirigida por las direcciones partidarias. En el caso de las organizaciones armadas, la distancia entre las direcciones y las bases era aún más extrema debido a su estructura militar, de corte vertical; inevitablemente se producía el aislamiento paulatino de las conducciones respecto de los tiempos, las necesidades y la diversidad del movimiento multifacético que querían representar. Las urgencias de las direcciones para operar en la coyuntura política superficial acentuaron la

preminencia de lo militar sobre la actividad política profunda de base, de la que se extraían los mejores cuadros sindicales, intelectuales y estudiantiles para integrarlos al aparato militar. De este modo se debilitó la potencialidad de los distintos frentes sociales donde se actuaba, pues los métodos de acción y los tiempos debían asimilarse a la visión general del intento revolucionario, que quedaba en manos de la conducción. Las urgencias de la lucha por el poder imponían prioridades situadas dentro de una lógica de acción y reacción, y dejaban de lado aspectos más importantes y definitorios para la transformación de la conciencia, como son las relaciones más justas entre los sexos, la preservación ecológica y, en general, la búsqueda de prácticas sociales y culturales opuestas a los valores dominantes. Las direcciones se fueron aislando de las bases, y las organizaciones terminaron por aislarse de la sociedad.

No hago estas reflexiones desde afuera, sino como participante activa de esas luchas, con todo respeto por la valentía, la vocación de cambio social y el sacrificio personal que conllevaban, y con el dolor todavía presente por la pérdida de tantos compañeros; aun si quisiéramos olvidarlo, allí están las Madres, las Abuelas y los Hijos -incluidos los que no hemos recuperado- como recordatorio vivo. Tampoco intento agotar aquí el análisis de la derrota de esas luchas; sus causas son varias y exceden largamente estos comentarios. Lo que deseo es señalar desde el ahora lo erróneo de la concepción de lo político-social que adoptamos entonces, un error que creo se agrava si esa misma concepción pretende ser aplicada en un tiempo signado por la conversión del capitalismo a su fase neoliberal, con su característico intento de imponer una inédita hegemonía global.

El neoliberalismo globalizador no implica sólo un cambio político y económico, sino un fenómeno muchísimo más complejo, reformulador del mundo. El centro del pensamiento se ha desplazado del hombre (y por lo tanto de la política) a la economía, a su dinámica ciega de mercados supuestamente transparentes y a sus leyes asimétricas, poniendo la multiplicidad de lo humano en situación de riesgo y de zozobra. La macroeconomía se constituye en un cerebro universal autónomo; el flujo de capitales va y viene sin que parezca posible regularlo, sin control, bajo reglas inaccesibles. El sujeto social es reemplazado por ese cerebro universal, cuyas determinaciones pasan como un huracán por las sociedades y las arrasan. Se propone un imaginario ajeno por completo a lo humano, donde estalla todo intento institucional de integración. Los Estados-nación se muestran incapaces de reorganizar las fuerzas sociales, y

cambian su papel regulador y mediatizador de la sociedad para convertirse en administradores de las nuevas fuerzas dominantes que se imponen y someten a las fuerzas sociales produciendo una fragmentación que ya se vuelve constitutiva de la sociedad posmoderna.

De esta debilidad puede surgir nuestra fuerza potencial. En contraposición con el pensamiento que sustentábamos en los años setenta, en el que la fragmentación era vista como una insuficiencia, esta dispersión de sentidos sobre la que se desliza nuestra vida de hoy puede ser considerada como una plataforma de acción, la única de que disponemos. Es necesario, entonces, reformular la idea de lo político, partiendo de aceptar que tras esos fragmentos se encuentra la diversidad, multiplicidad y complejidad de nuestra sociedad actual.

Esta nueva realidad da origen a un nuevo pensamiento que se va articulando en torno de las formas y los contenidos de los movimientos sociales, movimientos de rebelión, formas de resistencia y contrapoder a las que pertenecen, creo, las asambleas populares. En sus *Apuntes para el nuevo protagonismo social*, el Colectivo Situaciones cita estas palabras del subcomandante Marcos: “lo propio del *revolucionario* es la toma del poder con una idea de la futura sociedad en su cabeza, mientras que el *rebelde social*- el zapatista- es quien alimenta diariamente la rebelión en sus propias circunstancias, desde abajo, y sin sostener que el poder es el destino natural de los dirigentes.” Este razonamiento es novedoso porque abandona el finalismo al que estuvimos atados, desplazando los sentidos de la acción hacia la ética cotidiana. Se corre el eje teórico, cambian las prioridades que vuelven a tener en el hombre su sujeto final y no un mero instrumento de lucha determinista. Se trata de resignificar la condición humana, aplastada por la concepción de “utilidad” mercantilista. La *finalidad* está puesta en *hacer éticamente*, reafirmando en cada acto la justicia, el respeto por el otro, la humanidad, la acción solidaria. Estos principios éticos están por delante de lo político y determinan la metodología.

El nuevo movimiento de asambleas barriales viene a sumarse a movimientos sociales ya establecidos: movimientos piqueteros suburbanos de todas las grandes ciudades, movimientos campesinos como los del norte de Córdoba y Santiago del Estero, movimientos indígenas como el del sur y algunos agrupamientos feministas y ecologistas cuyos ejes programáticos

están puestos en la restitución de la dignidad y la reapropiación de la sociabilidad desde formas nuevas de entender la comunidad. Estos movimientos se piensan, en sus búsquedas más acertadas, como organizaciones autónomas, no tienen como prioridad hacerse del poder el Estado, y por ello van más allá de las falsas alternativas de inclusión o de exclusión, son resistentes al nuevo pensamiento hegemónico y tienden a crear redes de desarrollo en lo educativo, cooperativo, cultural y social: recuperan el sentido de sus vidas.

Es alentadora la sintonía de estos movimientos nuestros con los nuevos movimientos que nacen y se desarrollan por todo el planeta, y que emergieron a la atención pública -o mediática- en 1999 en Seattle, al impedir la realización de la cumbre de la Organización Mundial de Comercio. Seattle fue un gran acto inaugural del movimiento antiglobal unificado, pues confluyeron grupos sociales heterogéneos: ecologistas, feministas, grupos de resistencia urbana, sindicalistas críticos y hasta tradicionales, movimientos agrarios e indígenas que, en un esfuerzo imaginativo de organización, abandonaron por un momento su especificidad para mostrar sus puntos comunes de resistencia a la deshumanización neoliberal.

Yo tuve el privilegio de asistir al Foro Social Mundial de Porto Alegre este año, al que concurrieron más de 60.000 delegados de unos 150 países. Fue enriquecedor e inspirador escuchar el relato de representantes de movimientos sociales que venían a veces de países lejanos, culturas muy distintas. Especialmente interesantes fueron los relatos de miembros de movimientos más asentados, que enfrentaron dilemas similares a los nuestros; escuchar cómo los pensaron, cómo los resolvieron desde su particularidad cultural y en qué consisten los ejes del debate actual que internamente desarrollan, pues nadie tiene "todo resuelto teóricamente" como creíamos tener antes.

Pero eso daría, claro, para otra charla, y no quiero extenderme más. Para terminar, quiero apuntar algunas conclusiones derivadas de las prácticas de esos movimientos, que han ido avanzando en la construcción de espacios de contrapoder, conclusiones que encuentro relevantes para la experiencia argentina. El eje de la lucha se ha desplazado de lo político-institucional a lo ético-social, y en ese ámbito aparece como fundamental reconstruir las

formas arrasadas de la identidad, la reapropiación de la cultura propia, del lenguaje, de la música, de las costumbres. Los movimientos sociales se conforman en base a sus necesidades específicas, tienen luchas específicas, y en cada uno de ellos la defensa de la identidad grupal da sentido a la recuperación de la identidad personal, también arrasada por la cultura dominante. Esa diversidad es fuente de toda riqueza y no conspira contra construcciones de mayor alcance. Por el contrario, los movimientos sociales se articulan entre sí por afinidades, y actúan mancomunadamente cuando es necesario. Prueba de ello son las masivas manifestaciones recientes contra Berlusconi en Italia, en las que participaron más de dos millones de personas pertenecientes a movimientos diferenciados - incluidos naturalmente los sindicatos-, que confluyeron en defensa del bien común para volver luego a las tareas propias de sus intereses específicos.

Yo espero y deseo -vuelvo pues al legítimo terreno de la esperanza y el deseo- que, del mismo modo, nuestro movimiento asambleario urbano encontrará formas de articulación con otros movimientos afines y también, seamos optimistas, con otros movimientos hermanos latinoamericanos. Por el momento, las asambleas son un germen de rebeldía y dignidad. Lo que ha sucedido el 19/20 de diciembre nos cambió la vida, y cambió el curso de nuestra historia. Sea cual fuere nuestro destino de asambleístas, estamos aquí, persistentes, inseguros, críticos, rebeldes, los ojos y la mente abiertos a este hecho inaugural de nuestro nuevo protagonismo.